IV

Tradiciones sobre la existencia de la Atlántida.

La existencia del país atlántico fué el asunto de una tradición constante en los pueblos de la antigüedad. Ya Homero, que vivió más de cien años antes de la comunicación de Solón con los sacerdotes de Sais, "colocaba en el océano, y fuera de los límites de la tierra, un país afortunado llamado el Elísio, en el que no se conocían las tempestades ni el invierno, en el que murmura siempre un dulce céfiro y en el que los elegidos de Júpiter, arrancados á la suerte común de los mortales, gozan de una felicidad eterna;" (Malte Brun, *Precis de la geographie universelle.*) El mismo poeta, citado por Estrabon, decía en la Odisea, IV, 563: "En cuanto á vos, oh Menelao, los inmortales os conducirán á los campos elísios, *á los límites mismos de la tierra.*" Al Elísio sucedieron en la leyenda muchas Islas Afortunadas, cuya situación no se acertaba á fijar, pues era colocada caprichosamente, ya en las Canarias, ya en las Azores, ó en otras partes del Océano Atlántico, pero cuya existencia tampoco llegó á ponerse en duda: esas islas, como el Elísio de Homero, convenían con la descripción de la Atlántida en el Relato de los sacerdotes de Sais, tocante á la felicidad de que en ellas se disfrutaba.

Píndaro, que vivió por el año de 500, se refiere también á ellas. Olimp. II. 127.

Virgilio colocaba en Occidente el Olimpo de los dioses, como Homero la mansión de los hombres felices, simbolizándose con

estas denominaciones una tierra afortunada, tal como se ha dicho siempre que era la Atlántida; pues cuando en el libro 4º de la Eneida hace á Mercurio llevar un mensaje de Júpiter para Eneas en Cartago, dice que cruzando mares y tierras lo primero que divisó fué la cumbre del monte Atlas, y de allí continuó su viaje aéreo hasta su destino, que estaba más hacia el Oriente.

"Aristóteles (copio el texto de Brasseur de Bourbourg en la Introducción al Libro Sagrado de los quichés), no solamente entrevé que la tierra habitable es muy extensa en longitud, sino que da además la descripción de una región trasatlántica, situada al lado opuesto á las Columnas de Hércules, fértil, abundantemente regada y cubierta de bosques, que había sido encontrada por los cartagineses." Como se ve, el estagirita cuelga á los cartagineses este honor, que sólo corresponde á los fenicios sus progenitores; pero de todos modos, él da un testimonio terminante de la existencia de esa región trasatlántica, que ya desde mucho tiempo antes se había perdido en los abismos del mar.

En las pequeñas Panateneas, fiestas que eran celebradas en la antigua Atenas en honor de Minerva, se llevaba en procesión un manto de la diosa recordando su protección en la guerra que los atenienses habían sostenido contra los atlantes; (Boeckh, citado por Donnelly en su *Atlantis*, pág. 91.)

Teopompo, autor que escribió en el siglo IV, algo posterior á Platón, nos cuenta los detalles de una entrevista entre Sileno y Midas, rey de Frigia, en la que el primero refiere la existencia de un gran continente distinto de los de Europa, Asia y Africa, poblado de muchas y grandes ciudades, donde el oro, por su abundancia, se estimaba menos que el fierro, y cuyos habitantes, atravesando el océano, arribaron al país de los hiperbóreos, sin pasar más adelante. Los hiperbóreos moraban en la región en que la raza céltica dominaba en el siglo IV: un autor del citado siglo, contemporáneo de Teopompo, llamaba así á los galos que se apoderaron de Roma y que en efecto eran entonces los más retirados hacia el Norte, según los conocimientos geográfi-

cos de la época. También eran colocados al Oeste, debido quizá á su origen en la región atlántica, de donde habían pasado al Sur de la Galia. De lo expuesto se infiere que aparte de la introducción de los atlantes á España por Gadir ó Cádiz, hubo otra más al Norte por las costas de la Galia meridional, que fué la que allí se detuvo.

El historiador Timágenes, que vivió pocos años antes de la Era Vulgar, recogió de los sacerdotes druidas la tradición de haber llegado á la Galia inmigrantes de unas islas lejanas, arrojados de su patria por las invasiones de un mar irritado.

Marcelo, en una obra sobre los etiopes, habla de siete islas en el Grande Océano, que por su número es de suponer que sean las Canarias, y refiere que allí se conservaba el recuerdo de otra isla mucho más grande, que había dominado por mucho tiempo sobre las demás de aquel mar.

Plinio (l. 3, c. 5, n. 6) dice que en la Galia Narbonense habitaban los *cambolectres*, llamados también *atlánticos*, quizá por su origen. Y un poco más adelante (l. 6, c. 31) se expresa así más claramente: *Traditur alia insula contra montem Atlantem et quae Atlantis appellata*, "se habla de otra isla situada frente al monte Atlas y que se llama Atlántida."

"Pomponio Mela, *De situ orbis*, dice el Sr. Orozco y Berra, representa la tierra dividida en dos continentes, uno de los cuales abraza la Europa, la Asia y la Africa, mientras el otro encierra á los Antichthones, prolongándose hacia los antípodas. La misma forma daba al mundo Marco Polo en la Edad Media. Todas éstas nos parecen reminiscencias de un mundo que se pierde en el pasado, recuerdo vago de una idea que se borra más y más." Nótese que la prolongación hacia los antípodas sería aquí de Oriente á Poniente, situación que se atribuye á la Atlántida, y que no puede confundirse con la de América que es de Norte á Sur.

Horacio, ya en los tiempos del Cristianismo, en su oda 34, que comienza "Parcus deorum cultor" dice:

Plerumque per purum tonantes
Egit equos, volucremque currum

Quo bruta tellus, et vaga flumina,
Quo Styx, et invisi horrida Taenari
Sedes, *Atlanteusque finis.*

"Y á menudo lleva por el campo los estrepitosos caballos, y el rápido carro, con que se estremecen la inmóvil tierra, los instables ríos, la Estigia y el hórrido asiento del tenebroso infierno, así como el *confín atlántico.*"

Muy sabida es la leyenda del Jardín de las Hespérides en el extremo Oeste, con sus manzanas de oro, emblema de las riquezas del suelo donde se producían.

Omito, por no ser tan difuso, muchísimos otros testimonios de la existencia de ese país rico y feliz, que estuvo en remotísima antigüedad asentado en medio del Grande Océano y que hoy no aparece, quedando solamente su recuerdo para comprobar una de las conmociones más tremendas de la naturaleza.

V

La Atlántida más grande que el Asia y la Libia.—En qué sentido debe entenderse este concepto.—Confírmase por los fenómenos geológicos y físicos observados.—Extensión calculada de la isla.

Llega la ocasión de explicar y resolver algunas dificultades con que suele tropezarse para conceder todo crédito al verídico Relato de Platón, y sea la primera: que la Atlántida era más grande que la Libia y el Asia reunidas, según decían los sacerdotes de Sais.

Ciertamente se incurriría en un crasísimo error sosteniendo esa proposición en la época actual. Es una verdad común y rudimentaria, que ni el Asia, el más grande de los continentes, ni el Africa, que en un principio era la Libia, aun consideradas separadamente, pueden ser inferiores en magnitud á una isla. Pero aquel concepto no debe ser calificado conforme á los conocimientos geográficos de hoy, sino según los del tiempo en que fué emitido, y en ese tiempo nada tenía de exagerado, ni envolvía un contrasentido, como ahora á primera vista parece. En la época á que se refiere esta historia, sólo eran conocidos los países situados á orillas del Mar Mediterráneo y un poco más al interior de los mismos. Allí fué la cuna de la civilización incipiente del Viejo Mundo, y fuera de allí todo se hallaba envuelto en la barbarie y en una obscuridad casi impenetrable á las investigaciones de la ilustración. Entonces la Libia no era toda el Africa, sino sólo la región comprendida entre el Egipto y el Atlántico, esto es, la zona septentrional del territorio africano, adyacente á la costa de aquel mar, sin la extensa parte correspondiente

al Egipto. Y por Asia se entendía antonomásicamente el Asia Menor y otros territorios, que á lo más avanzarían hasta el Caspio. Tan cierta es esa limitación de conocimientos geográficos en tiempo de Solón, que aun Herodoto, que vivió cerca de dos siglos después, cuando esos países debieron estar algo más explorados, afirmaba (l. 4, pár. 42) que la Europa tenia casi la longitud de la Libia y del Asia reunidas. Esto demuestra que el Asia y la Libia tenían una extensión bien corta, relativamente á la que ahora se les concede con exactitud, y que la Atlántida, llamada por Amiano Marcelino *insula orbe spatiosior*, la isla más grande del orbe, bien pudo en vida sostener la comparación con ellas sin absurdo.

El Mar de Sargazo comprueba también la existencia de la isla, y al fin nos servirá para calcular la extensión de ésta. Su nombre le viene del sargazo ó alga marina que cubre un vasto espacio en el Atlántico. Platón, en Timeo, hablando de la invasión de los habitantes de la misma al continente europeo, refirió que en ese tiempo todavía se podía atravesar dicho Océano. Y en Critias indica que la isla, después de su hundimiento, sólo era un depósito de barro que servía de obstáculo á los navegantes y no permitía atravesar esta parte de los mares.

El sabio mexicano Don Manuel Orozco y Berra, en su Historia Antigua de México, tomo II, pág. 467, cita varios autores que tratan este punto, diciendo: "Scylax de Caryandie, contemporáneo de Dario I, habla de ello en su periplo: *No se puede navegar más allá de Cerné, porque el vaso está embarazado por el limo y las yerbas.* Aristóteles sabía la dificultad que para navegar se notaba en aquellos parajes, y la señala en su Tratado de Meteorología. Teofrasto, en su Historia de las plantas, habla también de los sargazos, cuya fuerza y tamaño admira: *La alga*, dice, *crece en el mar más allá de las Columnas de Hércules, y á lo que parece, alcanza proporciones gigantescas, así en lo grueso como en el tamaño.* Avieno, en fin, en su traducción del periplo de Himilcon, menciona el Mar de Sargazo: *Encima de las olas se levantan numerosas algas, que con su estrechamiento forman mil*

obstáculos. Ningún soplo impele la nave; las ondas permanecen inmóviles y perezosas. Las algas están sembradas en gran cantidad en el abismo, y frecuentemente detienen la marcha de las naves, á las que retienen como los juncos."

Cristóbal Colón, en su célebre viaje por el Atlántico para venir á descubrir la América, llegó á la región de los vientos periódicos, cuya suavidad, dice un autor, encantó su alma impresionable, encontrándola comparable á la de las frescas mañanas de Andalucía, pero, en mi sentir, evoca también el recuerdo legendario del clima apacible que se atribuía á la isla que existió en esos sitios; y luego se vió rodeado de enormes montones de yerbas flotantes, jardin fúnebre sobre la tumba que el mar le abrió en sus abismos.

De lo expuesto se desprende, que el Mar de Sargazo es un hecho geológico comprobado. Era muy posible que la isla, siendo de piso muy alto, según el Relato, fuese reemplazada en su hundimiento por un mar de poco fondo, ofreciendo obstáculos para la navegación, y esa posibilidad fué también otro hecho. Siendo la tierra generalmente limosa y fértil, era seguro que luego se vería cubierta con la vegetación propia de los mares; y así sucedió, pues las algas brotaron lozanas y crecieron vigorosas por sobre las aguas. Y como era inevitable que el continuo vaivén y sacudimiento de las olas en el largo transcurso de los años fuese desleyendo y dispersando al fin ese limo ó lodo superficial, así ha sucedido también, quedando franca la navegación, exenta ya de los embarazos que antes la estorbaban. Todos estos fenómenos físicos tienden á unir la existencia de la Atlántida con la del Mar de Sargazo, que está donde ella estaba.

Ahora, la extensión del uno nos va á proporcionar los elementos necesarios para calcular aproximadamente la de la otra. Leo en Gaffarel (Compte-rendu au Congres International des Americanistes), citado por el mismo Sr. Orozco y Berra, que el Mar de Sargazo comienza á la altura de las Azores, extendiéndose casi hasta las Antillas. La situación que guarda es, por lo

tanto, de Oriente á Poniente. Su extremo occidental vendrá á quedar enfrente de la Florida y al Norte de Haití. Pues bien, de las Azores al meridiano de Haití, hay poco más ó menos 40 grados, esto es, 800 leguas, extensión longitudinal del Mar de Sargazo, la misma que puede darse á la isla en la posición indicada. Asimismo, leo en la Historia de la Geografía por M. Vivien de Saint Martin, quien cita á Aristóteles, que los fenicios, en sus expediciones marítimas, fueron una vez arrojados por los vientos del Este hasta los bancos de algas, cuyos inmensos depósitos cubren el Atlántico entre los paralelos 20 y 40 de latitud á partir del meridiano de las Azores, concepto que da á conocer la anchura probable de la isla, cosa de 400 leguas, á lo menos en su lado oriental, cuyo extremo Norte debería mirar á la Iberia hacia el Este, y el extremo Sur á las islas del Cabo Verde hacia este propio rumbo. La área que resulta de estas dimensiones, permite comparar la Atlántida con la Australia en magnitud, aunque no en la figura, y hace muy verosímil y absolutamente exento de absurdo el aserto de los sacerdotes egipcios que la consideraban más grande que el Asia y la Libia reunidas, tales como éstas eran conocidas en los tiempos antiguos.

VI

Dos islas en una.—Su extraordinaria fertilidad.—Nahuatlan.—El salvamento en la isla central.

Se ha dicho ya, que los sacerdotes egipcios consideraban la Atlántida tan grande como la Libia y el Asia unidas, y que ella tendría aproximadamente 800 leguas de largo y 400 de ancho por término medio. Sin embargo, en algunos lugares del Relato de Platón se dan á la isla 3,000 estadios de lo uno y 2,000 de lo otro, que equivalen á 125 y á 83 leguas respectivamente. Estas enormes diferencias parecerían inexplicables, si no fuera porque allí mismo se expresa, que dentro de la grande isla y en su parte media, arrimada al mar por el lado del Sur, los reyes atlánticos habían formado artificialmente, de una grande y hermosa llanura, otra isla, á la que se refería con toda claridad el Relato al señalarle la extensión últimamente mencionada.

La metrópoli, situada en esta isla interior, estaba rodeada de varios recintos concéntricos y alternados de tierra y agua, alimentados estos últimos por la del mar, formando no sólo un puerto seguro, sino una defensa al rededor de la ciudad. Pero en torno de toda la llanura, que era cuadrilonga, abrieron un canal, con la profundidad de 100 pies, la anchura de 200 metros (un estadio) y no menos de 417 leguas (10,000 estadios) de circuito. Este canal recibía las aguas que se precipitaban de las montañas, que en la misma forma limitaban el extenso valle, y después de tocar en la ciudad, se desaguaba en el mar, formando así la isla central referida, verdadera maravilla de arte y de poder. Obras tan grandiosas no son increíbles para los tiempos

antiguos, como no lo fueron la torre de Babel, las pirámides de Egipto, los jardines de Semíramis, la muralla de China de 500 leguas, etc.

Esa isla, además, estaba cruzada por multitud de acequias para el riego, hecho que acredita la suma fertilidad que se le atribuye.

Tenía la forma de un cuadrilongo recto y alargado, según el Relato, y esta misma es cabalmente la que tiene también la isla figurada en el primer signo del jeroglífico del Museo. ¿Procederá de esta circunstancia la denominación de nahuatlacas ó nahoas que suele darse á los aztecas? Para creer verosímil esta etimología, que no encuentro explicada más que en el opúsculo que he dicho que publiqué, y que ahora confirmo con mejores datos, me fundo en que el nombre gentilicio *nahuatlacatl* ó *nahuatl* produce el geográfico *nahuatitlan* ó *nahuatlan*, que se compone de *nahui*, cuatro, *atl*, agua, y de la posposición de lugar *tlan*, significando "entre cuatro aguas." Pues bien, esta significación es exacta, ya sea que se refiera á la isla interior rodeada de agua por sus cuatro lados, ya á la grande circuida por el mar y que debía afectar una figura semejante, según sus dimensiones anteriormente expresadas.

Nótese asimismo, que el jeroglífico contiene el signo de la Atlántida sobre el edificio central de la isla cuadrilonga, lo que hace presumir que el salvamento á la hora de la desgracia favoreció á gentes que habitaban esa parte del país. Y es natural suponerlo así, pues allí estaba el puerto principal, y allí deberían abundar las embarcaciones de toda especie y las probabilidades de salvarse en algunas de ellas. Esta suerte cupo á aquellos individuos de la raza azteca que arribaron á tierra de América y peregrinaron después hasta llegar á México.

VII

¿Por qué entre los egipcios se conservó la memoria de los sucesos de la Atlántida, y no entre los griegos?

Leyendo el Relato de Platón, desde luego ocurre preguntar, ¿por qué los egipcios, y no los griegos, fueron los que conservaron el recuerdo de los sucesos en él contenidos, siendo así que los griegos, y no los egipcios, fueron los verdaderos protagonistas, representando en ellos un papel interesante? La respuesta es sencilla y ha sido indicada en el mismo Relato. Esos sucesos extraordinarios que habían sido realizados por Atenas, cayeron en el olvido por la gran destrucción de gentes en las calamidades que les subsiguieron y por la enorme distancia de los tiempos transcurridos. Timeo, hablando de esas calamidades, dice que los griegos sólo recordaban un diluvio, siendo así que ya habían sufrido otros varios; y Critias menciona una inundación habida en Atenas en medio de temblores de tierra, que dice haber sido la tercera antes del diluvio llamado de Deucalión. Ahora bien, este último tuvo lugar el año de 1500 antes de la Era Cristiana, reinando Cranao en dicha ciudad; el anterior en 1748, reinando Ogiges en Beocia y Atica, el cual se tiene como uno de los primeros hechos ciertos de la historia griega (Diccionario de Moreri, palabra Atenas); el tercero (retrocediendo), á que se refiere Critias, ¿en qué época ocurriría? No he podido averiguarlo, y quizá haya sido el que coincidió con la desaparición de la Atlántida, sin haber dejado supervivientes, pues, según va dicho, en un sólo día y en una sola noche fatal, cuan-

tos guerreros había en Atenas se hundieron á la vez en la tierra entreabierta.

En esos desastres, continúa el Relato, los habitantes de las montañas son los que han escapado del azote, y siendo gentes sin letras y sin cultura, apenas pudieron conservar el recuerdo de los nombres de los dominadores del país, sin saber nada de sus altos hechos. Por otra parte, hallándose, durante muchas generaciones, ocupados en procurarse los medios de subsistencia más indispensables, no podían interesarse en conservar memorias de la antigüedad. Está probado que el cultivo de las ciencias y la investigación de los hechos históricos sólo florecen con la holgura y la comodidad, cuando cierto número de ciudadanos tiene lo suficiente para vivir, sin preocuparse por la necesidad del trabajo para la propia conservación. Por esta causa, dice, se mantiene vivo el nombre de los antiguos héroes, pero el recuerdo de sus acciones ha perecido en la ruina de sus sucesores, citándose en comprobación los nombres de Cecrops, Erechteo, Erichtonio, Erysichton y otros anteriores á Teseo.

No ha sucedido así en Egipto, jamás combatido por esos cataclismos destructores. Allí los sacerdotes eran los depositarios de las ciencias y de las tradiciones de la antigüedad, y sus templos pudieron llamarse propiamente el archivo del género humano, pues en ellos se conservaban por escrito cuantos sucesos grandes ó notables ocurrían en el propio país, ó en cualquiera otro de ellos conocido. Así es que no parece inadmisible la explicación de Platón en el punto indicado; y así también se comprende que la memoria de la Atlántida se haya conservado, en las crónicas de uno de los más antiguos pueblos de la tierra, más viva que en los recuerdos vagos y en las tradiciones más ó menos congruentes de otras naciones.